

AFRICA Y LA AYUDA PARA EL DESARROLLO

I

EL ESLOGAN DE LA AYUDA PARA DESARROLLO

El mundo tiene ahora puestos los ojos en esas jóvenes naciones que, en número siempre creciente, salen a ensayar sus primeros pasos en la escena internacional. Tanto el Oriente como el Occidente han hecho de la preocupación por los «países subdesarrollados» divisa para dirimir la pugna en que se hallan empeñados.

Precisamente constituye en la estrategia oriental la «ayuda para desarrollo» uno de los recursos más eficaces de la guerra fría.

A su vez el Occidente quiere ver en ella la panacea para la solución de los más delicados y acuciantes problemas, y supone que bastaría para alimentar y sacar de su atraso a los pueblos indigentes, levantar la economía de los destinados al papel de futuros cooperadores mercantiles, crear nuevas amistades, atajar la peligrosa ofensiva del rublo mediante ofertas aún más amplias y generosas y... tranquilizar de paso la propia conciencia. El número de los requerimientos, contribuciones y planes encaminados a facilitarles a las naciones jóvenes el acceso al disfrute de bienes y la obtención del nivel de vida propios del viejo mundo, va siendo ya punto menos que incalculable.

II

UNA MINA DE LOS ORIENTALES

En el arte de mover sin escrúpulos en el tablero del mundo los peones humanos y jugar desembarazadamente con sus destinos, cubriendo al mismo tiempo la brutal maniobra con el púdico manto propagandístico del altruismo, nos lleva el Este muchas millas de ventaja. Lo mismo, por cierto, que en lo tocante a la ayuda para el desarrollo.

En contraste con nuestras iniciativas, netamente generosas por lo común, las ofertas y ayudas del mundo comunista se caracterizan por su estricta orientación política. Un metódico reparto de los papeles asistenciales; una elección escrupulosa de las zonas de ataque—pues ataque es aquí la aplicación—; un concienzudo estudio de los más adecuados procedimientos y una enérgica y bien coordinada propaganda, resumen el secreto de su eficacia.

Coordinación de la ayuda oriental para la industrialización.

Como contrapeso de la libre asociación de la Comunidad Económica Europea ha ideado Moscú la argucia de atraillar por su parte a los Estados de la Europa oriental en la organización también económica designada con las siglas COMECON. Valiéndose de esta organización confederal, trata la Unión Soviética de reajustar la producción de aquellos Estados en mutua interdependencia, con objeto de obtener de cada uno de los confederados el máximo rendimiento en función del progreso de toda «la comunidad socialista».

Igual finalidad persiguen todas y cada una de las maniobras moscovitas en torno a los 1.200 millones de habitantes de Africa, Asia y América española, que en estos países constituyen el censo de «subdesarrollados». Maniobras que no siempre inicia abiertamente, ya que cuando hay peligro de que una intervención directa de Moscú despierte la suspicacia de uno de estos Estados jóvenes o suscite una reacción en Washington, es una de las pequeñas naciones de la Europa oriental la encargada de explorar discretamente el terreno. Por eso los checos no sólo hacen entrar en juego valiosos productos industriales a la hora de concertar tratados, sino que también cooperan poniendo a contribución su conocida finura diplomática, su tacto y sutileza ingénitos. Los germano-orientales, en cambio, tienen una mina en el renombre y crédito universal del marchamo alemán, hecho de obvias referencias a un dominio técnico y una eficiencia incomparables y, sobre todo, al mágico concepto del «milagro económico». Luego, cuando el satélite de turno ha conseguido abrir brecha, ya Moscú puede adelantarse hasta el primer plano. En el Congo, por ejemplo, hubo necesidad de toda la paciente labor preparatoria del cónsul checo Virius y de sus técnicos, para llevar a Lumumba a la victoria en el primer semestre de 1960. Mas después de asegurada la victoria lumumbista y dado así el primer paso en firme, nada impedía que la Unión Soviética terciase directamente, como

terció, en la crisis de los meses siguientes. El que luego la ofensiva rusa de Leopoldville haya fracasado, quedando relegada a Stanleyville la influencia oriental, es cosa que se debe a otras circunstancias.

Elección de los puntos de aplicación o ataque.

Pese a cuanto trata de hacernos creer con insistente empeño cierta propaganda, Moscú no siente el menor deseo de hacer ciega fortuna para los necesitados del ancho mundo. La intervención soviética en este sentido siempre aparece rigurosamente circunscrita en su aspecto local y planeada con meticuloso esmero en lo tocante a su volumen y ocasión. Es más; ni siquiera se para en consideraciones de oportunidad y eficacia para el fomento del bienestar social o de la prosperidad industrial de los Estados perceptores. El móvil exclusivo de su desprendimiento es el objetivo político.

Moscú persigue, en suma, o bien mantener y afianzar alguna de las cabezas de puente comunistas ya existentes, como Stanleyville bajo Gizenga, o Cuba o partes del Afganistán, o disputarle al Occidente zonas de influencia estratégica mundial, como la India, la costa occidental africana, o las tierras productoras de materias primas en Hispanoamérica.

Idoneidad de los métodos.

La «ayuda para el desarrollo» facilitada por los orientales adopta una de estas tres formas, según sea la finalidad que en cada caso particular persiga: se suministran armas y pertrechos militares en donde se suponga que la posición de Occidente habrá de resentirse sobre todo de una revolución o de una guerra civil, como en el Congo de Lumumba, en Angola, en Laos o en el Vietnam; países, en cambio, como, por ejemplo, Etiopía, en donde se trata de encauzar en un sentido preconcebido el ardiente deseo de cultura de una generación sedienta de progreso, se fundan becas, se establecen campamentos educativos, se facilita personal docente y monitores de juventudes y se fomenta el intercambio cultural; por último, para las regiones en donde parezca más indicada la infiltración política, social y económica para insinuarse eficazmente en el ánimo de los indecisos (la India, Indonesia, Egipto, Afganistán, etc.) reserva Moscú sus más seductoras y aparentemente inocuas ofertas, consisten en tratados comerciales a largo plazo para asegurar la salida a precios estabilizados de los productos básicos del país beneficiario, bien en créditos a muy reducido interés destinados a la

adquisición de productos de la industria oriental, bien en ayuda técnica, bien en la financiación y puesta en marcha de grandiosos proyectos de industrias pesadas.

Esto último, o sea, el establecimiento de fábricas gigantescas y la producción de descomunales artículos industriales, ya por el hecho de permitirle asegurarse grandes y rápidos éxitos propagandísticos merece todas las preferencias de la Unión Soviética. En brevísimo plazo pueden apuntarse, en efecto, por este procedimiento victorias impresionantes en el índice de rendimientos y llevar a la opinión el convencimiento de que los promotores han conseguido alinear de hecho al país protegido entre los acreditados por su moderna producción. Lo cual, además de servir perfectamente las miras políticas del donante, reviste de aparente delicadeza la concesión, al dejar traslucir que se hizo teniendo en cuenta la necesidad de prestigio del Estado receptor. Las primeras sombras del brillante negocio de esa lluvia de maná—de las que más tarde hemos de hablar—fácilmente pasan inadvertidas en el deslumbramiento del artificio.

Propaganda.

Se comprende que con semejantes métodos no ha de serle difícil a Moscú despertar la suspicacia de los pueblos jóvenes contra quienes venían ejerciendo tutela sobre ellos. Las ofertas de ayuda económica occidentales son presentadas sencillamente bajo el doloso aspecto de una nueva argucia para prolongar y mantener el anterior avasallamiento en una forma más adecuada a nuestros días, al paso que se pone de relieve por contraste el supuesto carácter altruista de la cooperación soviética. Moscú—nos dicen—no persigue otra finalidad que la de liberar de su yugo a los oprimidos, a los esclavos todos del mundo. De ahí que la Unión Soviética no haya dejado nunca de hacerle cara al colonialismo, hasta que acabó por obligar a las potencias occidentales a ir desprendiéndose de sus dominios e independizándolos uno tras otro.

Se matan con esta propaganda dos pájaros de un tiro: de un lado, se atiza el odio contra el «opulento Occidente» y se pone en tela de juicio lo relativo a sus verdaderas miras; de otro, se consigue escamotear astutamente, tras el nimbo de progreso y desinterés en que sabe envolver el mundo comunista sus intenciones, todas las realidades ingratas y peligrosas para él. El hecho, por ejemplo, de que la Unión Soviética siga siendo todavía hoy la mayor y más inexorable de las potencias coloniales del mundo, y el de que

sus proyectos de ayuda no sólo se presenten escenificados en una ampulosa espectacularidad propagandística, sino que además suelen quedarse muy atrás de los socorros de Occidente así en volumen como en calidad, lo saben disimular de maravilla.

III

UN DILEMA DE OCCIDENTE: ¿RIESGO POR ASPERSIÓN, O CHORRO DIRIGIDO

Exasperado por la obstinación de la burocracia internacional y por las preferencias utópicas de ciertos liberales benefactores de la humanidad que en Washington y Nueva York pululan, un conocido político ha propuesto hace poco el tema siguiente para una caricatura: encima de la leyenda «Política de regadera» se vería la figura de un agobiado Tío Sam puesto a recorrer el mundo y a observarlo todo con mirada preocupada. Ante cada planta y aun cada plantita que no hincase las raíces en el suelo feraz de Norteamérica, su escrupulosa conciencia le tirarí­a de la levita para susurrarle al oído que semejante estado de cosas era intolerable y que había que ponerle término. Acto seguido, la mano derecha del Tío Sam se alzaría magnánima y una fuerte rociada de dólares anegaría la seca aridez del suelo, escurriéndose sin calarlo. En segundo término, podría verse a un cariacontecido Hammarskjöld y a un risueño Jruschof lanzarse resueltamente a la recolección de la cosecha sembrada por los U. S. A.

Aunque en la escena hay mucho de hipérbole, como en toda caricatura, la verdad es que en lo sustancial el autor da en el clavo. Lo de volcar la regadera a pleno chorro, sólo para no dejarse aventajar del antagonista en la pugna de la guerra fría, o por el gusto de entregarse a una psicosis benefactora, bien intencionada sin duda, pero netamente emocional, no puede llamarse una política. Hay que tener en cuenta que ni aún los recursos del contribuyente occidental dejan de ser limitados, al paso que las necesidades que aquejan al mundo más bien parecen incontables. De ahí que se haga indispensable una madura reflexión y un detenido estudio para aplicar los disponibles con el mayor provecho posible, en lugar de invertirlos por mero impulso emotivo, como es a veces el caso.

Por eso la ayuda, entendida en el mejor sentido de la palabra, sólo podrá ser razonable y fructífera cuando reúna las condiciones fundamentales siguientes: una libre decisión; una finalidad o tendencia constructiva; delimitación geográfica; enfoque realista en relación con posibles

proyectos seductores, pero desorbitados; planteamiento bien ajustado a las posibilidades y recursos naturales; progreso o tránsito al estadio de autodesarrollo, y, por último, autosuficiencia o autoindependización por evolución paulatina y un objetivo final de colaboración.

Libertad.

El primer principio para una sana ayuda para el desarrollo está en la libertad de decisión del donante y sobre todo del perceptor.

Es lo que habría que tener en cuenta al enfrentarse con los pueblos jóvenes, porque con la independencia han recibido el derecho a solicitar ayuda o rehusarla, según su propio criterio. Ahí está el persistente y sensible fracaso de la O. N. U. en el Congo, que bastaría para demostrarnos palpablemente las funestas consecuencias de ceder a la tentación de ignorarlo y confundir la ayuda internacional con una tutela o con esporádicas acciones policíacas.

Tendencia constructiva.

La característica segunda de una ayuda verdaderamente prometedora consiste en que persiga un objetivo propio, preciso y constructivo, en vez de responder únicamente a la necesidad negativa de contender con el comunismo y disputarle una ventaja eventual cualquiera.

Por eso mismo les es más perjudicial que beneficiosa a los pueblos jóvenes la porfía en que se empeñan las potencias susceptibles de protegerles por adelantarse en el favor de su confianza. Este mal entendido celo da lugar a que aquéllos se persuadan de que les basta con recurrir a la coacción para arrancarles a los poderosos la subvención anhelada, y tiene como consecuencia lógica una política cínicamente mendicante, una exacción desvergonzada y una actitud de grosero oportunismo, de fluctuante expectación ventajista entre los bloques. Todo lo cual dista mucho de contribuir a la formación de un carácter firme y otro tanto de acreditar una auténtica voluntad de progreso. En vez de gratitud, nace de esto el descontento y la envidia. Bástenos la consideración obvia de que la ayuda así alcanzada no hace sino imbuirle al beneficiario la falaz convicción de que los recursos de las grandes potencias son inagotables. Nada más natural, por tanto, que reclamar de ellas un apoyo cada vez mayor y mostrarse resentido por la

amarga decepción de que no siempre puedan acceder en toda la requerida plenitud.

Es, en efecto, un hecho con frecuencia inadvertido el de que la penetración del comunismo no se puede contener a fuerza de dólares tan sólo. El mar de fondo que el marxismo representa, tampoco lo levanta de modo principal el jornal insuficiente, sino más bien una especie de vacío espiritual, una estructura económico-social adulterada, la carencia del elemento de equilibrio de una clase media propiamente dicha y la de una aristocracia bien caracterizada y con arraigo. Conque no bastan las limosnas, ni aun de miles de millones, para proteger eficazmente a un pueblo contra los extremistas e infundirle capacidad de desarrollo, sino que se requiere, ante todo, una clase de ayuda especialmente dirigida a reafirmar y fortalecer los valores básicos.

La delimitación geográfica.

Hemos hablado de la «política de regadera», cifrada en procurarle la dicha al mundo subdesarrollado, rociándolo con la mágica lluvia de la caridad. Intención sin duda plausible si no adoleciera de utópica, como adolece, toda vez que ponerla en práctica equivaldría a que los 600 millones de habitantes de los países industriales de Occidente se echasen sobre los hombros al resto de la humanidad, subviniendo a las necesidades de 2.100 millones de personas, o, cuando menos, a las de 1.200 localizadas en las regiones subdesarrolladas de Asia, Africa y América española. En otras palabras: cada hombre, cada mujer y cada niño de nuestros «privilegiados» países—entre los que incluimos también regiones económicamente débiles y atrasadas, como la Italia meridional y Grecia—tendría que responder del bienestar de dos habitantes, y aun quizá de tres y medio, de los otros continentes. Lo absurdo de la idea es tan patente, que no vale la pena de pararse a demostrarlo. Con ineludible necesidad lógica se sigue de aquí la de circunscribir la intervención de ayuda dentro de límites geográficos muy precisos, cumpliendo así la tercera condición para una fructífera acción de socorro. Como ya indicábamos antes, Moscú ha comprendido perfectamente las ventajas de esta concentración de recursos y sabe que sólo de este modo se puede trabajar con rendimiento.

Vistas así las cosas, las contribuciones occidentales de ayuda debieran anteponer aquellos países o agrupaciones de países que no sólo prefieren al mundo libre como protector, ya que a él exclusivamente se dirigen en de-

manda de ayuda, sino que al mismo tiempo ofrecen serias garantías de un verdadero empeño por prosperar y de un sincero espíritu de colaboración leal, mostrándose de antemano capaces de asegurar en sus territorios el orden y la continuidad imprescindibles en la planificación y ejecución. Los Estados africanos, o las federaciones regionales, como, por ejemplo, la Costa del Marfil, Togo, la antigua Africa ecuatorial francesa, Katanga o Madagascar, cuentan con gobiernos conscientes de su responsabilidad y con organismos estatales de funcionamiento normal. Como africanos convencidos y amantes de la independencia, sus dirigentes se han percatado ya del peligro que para la propia libertad nacional supone el comunismo universalista. De ahí que persigan con honrada sinceridad un acercamiento a Europa y a la Comunidad Europea. Ni que decir tiene que una colaboración con estos países no sólo es empresa prometedora, sino que incluso representa una obligación para el Occidente. Porque, además, los Estados en cuestión reúnen todos los requisitos que habrían de permitirles aprovechar plenamente las eventuales ayudas y acometer con brío y seguridad las primeras etapas de un razonable progreso. Entonces habría llegado para nosotros la hora de ver cómo el ejemplo de estos pueblos les abría mucho antes los ojos a otros pueblos atrasados que toda una costosísima propaganda, al hacerles comprender cuánto distan las peligrosas promesas del Este de atender los verdaderos intereses de los halagados.

Más justamente en esto es en lo que el Occidente ha fracasado de un modo lamenable. El miedo a los más radicales y a una propaganda internacional ducha en sacar a la picota a los elementos prooccidentales para marcarlos con el estigma de *capitalistas retrógrados* o de *lacayos de los blancos*, ha producido efectos desastrosos. A lo que aún habría que sumar el parecer imperdonable de quienes suponen que nuestros naturales aliados por fuerza habrán de alinearse siempre con el mundo libre, cualquiera que sea el trato que les demos. Con lo que se cae una y otra vez en la funesta equivocación de pasar por alto a los elementos moderados, cuando no se les abandona despiadadamente, a pretexto de que hay que entregarse en cuerpo y alma a la tarea de captarse la voluntad de los otros. La desdichada política del gobierno belga, al aupar a Lumumba a costa de Tshombe y de los elementos tradicionalistas del Congo, así como la equivocada intervención americana en el Sudeste de Africa—para citar sólo algunos ejemplos—, han demostrado de manera trágica que semejante actitud sólo a los propios partidarios desmoraliza y acoquina, al paso que al enemigo lo estimula para la insolencia agresiva y le presta alas para mayores audacias. Y el caso es que ni siquiera

tiene la virtud de asegurar al menos a los fluctuantes, puesto que los partidos neutralistas y los Estados no comprometidos prefieren hacer equilibrios entre los dos bloques de potencias, manteniéndose equidistantes en lo posible. Países como la India, Indonesia y la V. A. R. o Ghana bien a las claras han dicho que se esforzarán por conducirse «imparcialmente» con los dos bandos; de modo que se necesita una ingenuidad excepcional para hacerse de veras la ilusión de que con unos cuantos millones de dólares se podría comprar un régimen de esta naturaleza, y, sobre todo, desterrar de él la veleidad y hacerle mantenerse indefinidamente consecuente. La versátil política de Nasser en la cuestión de la presa de Assuan debiera servirles de escarmiento a los occidentales lo mismo que a los orientales.

Realismo.

Además de la delimitación geográfica de la ayuda para el desarrollo, ha de procederse por las mismas razones a una apreciación realista de los recursos disponibles y de la capacidad receptiva, o asimiladora si se quiere, del beneficiario. No tiene, en efecto, sentido alguno lo de señalarse, sólo por el prurito de agrandar o de sobrepajar al Este, una meta que, además de desbordar la capacidad material del donante, tampoco guarda relación con las posibilidades inversoras del beneficiario en su presente estado de progreso y habría de convertirse en una ayuda malbaratada. Para obviar a estos inconvenientes, habrá que proceder antes en amigables deliberaciones entre las dos partes a determinar y señalar los límites de lo posible y de lo útil. Tarea en la que ha de ser de importancia decisiva un buen conocimiento de los recursos naturales que se trata de estimular y fortalecer en el país beneficiario.

Sucede, en cambio, que tanto el Este como el Oeste se complacen en imaginar gigantescos proyectos, para llevarlos a cabo en los países subdesarrollados a fuerza de invertir en ellos millones y millones. Prometen poco menos que el paraíso en la tierra: fábricas gigantes de electricidad y enormes combinados industriales, que asegurarían trabajo a todos, elevarían los índices de exportación y supondrían afluencia de divisas, con la consiguiente facilidad para el progreso de toda la economía y para la elevación del nivel de vida. Pasaría así en breve tiempo el primitivo país beneficiario a codearse con los progresivos Estados industriales, y hay que reconocer que para la sed de prestigio de una nación nueva, cuyos intelectuales pugnan por las impresionantes soluciones modernas, ningún néctar como este de la trans-

formación taumatúrgica. A pesar de lo cual, distan mucho estos ambiciosos proyectos de asegurarle al país favorecido y a su población los beneficios conjuntos que serían de esperar en lo político, en lo social, en lo psicológico, en lo moral y en lo económico. Beneficios que representan, en su armoniosa coexistencia, la piedra de toque del éxito y del fracaso—si aquél no se da—de un plan de gran alcance.

Porque la complejidad de una gran empresa ni se puede poner en pie ni llevar adelante sin la colaboración de numerosos técnicos, la constante aportación de nuevas inversiones de capital y el suministro ininterrumpido de material y máquinas y piezas de repuesto. Como, por otra parte, el país receptor de la ayuda no está en condiciones de llenar por sí mismo estos requisitos, quedará dependiendo durante años del Estado promotor en todos estos aspectos, dejando con ello en sus manos las claves de la nueva economía. Es como si el país beneficiario quedase bajo la amenaza de una espada de Damocles de carácter político.

Pero aún más terribles que esta inmediata repercusión política lo serían a la larga las consecuencias sociales y psicológicas de tales grandiosos proyectos. Una nación joven en la que las personas viven todavía en el marco de estructuras tradicionales y de métodos económicos arcaicos, tiene que experimentar una fuerte conmoción en el momento en que, sin la consiguiente preparación gradual, ve surgir de su suelo como por encanto un moderno combinado fabril de esos calificados de leviantes de la industria. No hay duda que saltar así directamente de la selva para caer en plena edad de la automatización y del átomo, por fuerza tiene que traducirse en un profundo trastorno del orden establecido y conducir a una atropellada proletarización, creando unas condiciones ideales para la agitación comunista y para el deslizamiento extremista de las masas desarraigadas en las ciudades nuevas. En cuanto a la capa social más selecta, ya de por sí débil, corre el peligro de que la tentación de los grandes rendimientos rápidos le quite el gusto de los planes más lentos y penosos, pero también más constructivos, especialmente aptos para el fortalecimiento de una estructura económico-social autónoma y bien asentada. Entonces el colectivismo, el centralismo y la idea de un socialismo estatal llegan a ponerse de moda, y la élite joven que se ha dejado seducir por ellos, apenas podrá ya resistirse al señuelo del marxismo y del «progreso» comunista.

Si se considera bajo el punto de vista moral, no es de extrañar siquiera que la pugna política de las ofertas de ayuda tenga por resultado una rápida desnaturalización de la finalidad regeneradora. Los Estados nuevos se ven

así animados por los mismos oferentes a mirar a los dos lados y a comprometerse a una lealtad condicional con el vencedor de la puja. Por este portillo se desliza entonces la corrupción en la vida pública, en la política y en la vida de los partidos.

Por último, hay que tener también muy presentes las condiciones económicas, ya que el intento de una solución impuesta contra la naturaleza, las peculiaridades del carácter y las insoslayables realidades de orden práctico, sólo en el caos puede desembocar, dando lugar a verdaderos desastres.

Por término medio viven todavía hoy en los países subdesarrollados un 80 por 100 de los habitantes de la agricultura, y aun hay regiones en las que el porcentaje alcanza al 90. Verdad es que su capacidad de producción se ve muy limitada debido a las antiquísimas formas de posesión, a una dirección deficiente y a las condiciones casi rudimentarias del transporte y de la venta o salida de los artículos. Pero imaginémosnos que sin transición se acometiese la temeraria empresa de levantar en un escenario de estructura tan primitiva una poderosa industria, y fácilmente comprenderemos que las consecuencias serían, poco más o menos, las mismas de montar sobre viejos postes de madera corroída una pesada techumbre metálica.

La moderna industria gigante tendrá, como es lógico, que reclutar su personal en el mismo país, arrancando a los hombres de sus pueblos y aldeas y despojándolos de paso de los familiares techos y modos de vida acostumbrados. Luego estos obreros se habrán de ver en su mayoría condenados a vegetar miseramente con sus familias, por lo regular numerosas, en las ciudades de nueva planta. Carentes, en efecto, de la más elemental preparación, suelen estar incapacitados para mejorar su situación en condiciones y ambiente diversos. Y resulta que si por un lado esta afluencia de masas a los nuevos núcleos fabriles adolece del defecto de no poder procurarle a la industria el caudal de elementos técnicos que ella necesita constantemente, no por eso deja de privar a la agricultura de unos brazos y una experiencia imprescindibles. En efecto; los moderados rendimientos de la producción agrícola en contraste con el encarecimiento de los productos industriales, incapacitan a la agricultura para modernizar sus métodos de trabajo y sus aperos, de suerte que sin una especial subvención no podrá compensar la falta de brazos. Con lo que la producción del campo tiende a una disminución paulatina y constante, en tanto que los precios de los artículos alimenticios en los mercados urbanos aumentan en proporción inversa.

Al mismo tiempo, la nueva industria ve desvanecerse la esperanza de encontrar en el país empobrecido la salida que tanto necesita para la propia producción. Porque con fuerte exportación a los países de antiguo industrializados no cabe soñar en nuestros días; que siendo ellos mismos productores, fácilmente ceden a la tentación de aliarse contra la nueva competencia. Son, por tanto, escasas las probabilidades que tiene de desarrollarse por sus propios medios una gran industria surgida de la noche a la mañana, cuando no se asiente en la segura base de las necesidades locales o de la capacidad de absorción de los mercados mundiales. En tal caso, es lo más seguro que acabe por defraudar las esperanzas en ella puestas. Erigir toda la estructura de la industrialización de un país primitivo sobre cimientos tan estrechos y mezquinos, raya en temeridad. Equivaldría a dejar pendiente de la casualidad la consistencia de toda la armazón. Una medida adoptada por los capitalistas donantes del extranjero, la campaña de un gobierno empeñado en nacionalizar, las veleidades del mercado internacional o la política mercantil de las zonas de consumo pudieran bastar para llevar a una aparatosa quiebra un experimento de esta clase. Lo que significaría la pérdida de incontables millones de la ayuda de unos contribuyentes extranjeros, pero, sobre todo, supondría un revés terrible para el mismo Estado naciente, a causa del paro y la desazón que cundirían por el país, provocando trastornos sociales y llevando a la gente, sobre todo a la juventud, al campo extremista.

Recursos naturales.

Un plan de desarrollo sano y sensato debiera, en cambio, descansar en los recursos naturales del país, en sus medios de vida propios, como, por ejemplo, la agricultura, la pequeña industria, el comercio modesto, las industrias de elaboraciones locales y hasta en las empresas de mayor volumen, cuando éstas se han desarrollado en lenta y orgánica evolución.

En el ámbito de los climas tropicales siempre hay la posibilidad de hacer surgir una agricultura floreciente, con tal de que el agua no escasee. Mas para explotar en toda su amplitud esa posibilidad convendría tener muy presentes tres aspectos del problema: la formación de una sana clase campesina, la existencia de la indispensable infraestructura y la enseñanza y adopción de los mejores métodos de cultivo.

La sana clase labradora, como nosotros la conocemos, aun se echa de menos hoy en la mayoría de los países subdesarrollados. Por lo general, no

es allí la tierra propiedad de los particulares, sino de la comunidad o de la tribu; de suerte que tampoco se da el estímulo del personal interés que reviste el trabajo de un peculiar atractivo, haciéndolo llevadero aun en condiciones climáticas desfavorables. Por otra parte, en esas regiones en donde la producción ha sido modernizada preponderan los vastos monocultivos, como el café, el cacao, el té, el algodón, el caucho, el cacahuete. Circunstancia que no deja de envolver peligros, toda vez que un súbito descenso en los precios, una tormenta, una sequía, una enfermedad especial de una planta pueden provocar catástrofes. Por eso una ayuda para el desarrollo bien meditada debería proceder paso a paso a la creación de cultivos familiares o haciendas y cifrar en este objetivo su mejor aspiración. Adquisición de terrenos, formación de cooperativas e iniciación profesional serían los medios más indicados para fomentar el general progreso económico y social en beneficio de la gran mayoría de la población.

En este sentido es de notar que la Administración belga puede preciarse de haber obtenido resultados ejemplares con el establecimiento de sus «paysannats indigènes», o colonias campesinas, por ella fundadas en los más diversos lugares del Congo. Se acotaron tierras, que luego fueron distribuidas entre los nuevos colonos, y éstos, a su vez, construyeron después sus viviendas y cultivaron el suelo, convenientemente dirigidos por especialistas, hasta que por sí mismos pudieron seguir progresando y modernizándose. Es sobre todo interesante el hecho de que estos campesinos hayan sabido superar ellos solos la crisis de 1960, que les privó de la colaboración de los técnicos europeos y los dejó aislados de los mercados. Modestamente, ellos siguieron sin interrupción en su trabajo, incluso en regiones en las que las demás actividades sufrieron colapso y la producción llegó a paralizarse. Ello constituye, sin duda, una buena demostración de la sensatez de aquellas iniciativas y un estímulo para imitarlas.

Claro está que no es esto todo, porque sin una buena administración, sin transportes y sin mercados para dar salida a los productos, o sea, sin la correspondiente infraestructura, ni el más inteligente ensayo agrícola podría a la larga prosperar.

Finalmente, el perfeccionamiento de la agricultura ha de descansar en un buen programa educativo, en el que se den la mano la cultura general, la formación moral y un profundo conocimiento práctico de la especialidad, ya que el objetivo está en llegar a la formación de una efectiva élite rural.

Además de una sólida producción agrícola, requiere inexcusablemente el desarrollo y estabilización de los Estados jóvenes la formación de una sa-

tisfecha clase media proporcionalmente numerosa. Cuanto mayor sea el número de los pequeños propietarios, de los artesanos independientes, de los industriales, de los comerciantes y fabricantes modestos que utilizan los productos locales y nacionales, tantas más serán las familias acomodadas, los consumidores, los pequeños capitalistas y los titulares de ahorros, en los que tiene su columna vertebral toda sana economía y toda sociedad bien ordenada. Es, en efecto, una vieja máxima la de que mejor llenan las arcas del Tesoro y más pronto enriquecen al país muchos contribuyentes pequeños que una sola industria fabulosa. El ejemplo típico de ello lo tenemos en Francia, el país del «bas de laine», ascendiente inolvidable en la genealogía del ahorro. Ni siquiera los dispendios de un Gobierno frentepopulista, sumados a la desvalorización del franco y a los gastos, finalmente, de una guerra que de Europa saltó a la Indochina y luego a Argelia y tiene ya veintidós años de vida, fueron capaces de arruinar a Francia. Y es que su población se compone en su inmensa mayoría de pequeños propietarios independientes, de empresarios de industrias familiares y de entusiastas del pequeño ahorro. En un país así el capital se forma y medra de manera espontánea, buscando casi instintivamente las mejores posibilidades de renta. En cuanto al Estado que disfruta de tal base económica, ni qué decir tiene que inspira confianza y que atrae sin esfuerzo las inversiones extranjeras. La estabilidad de su hacienda acaba por convertirse en fuente creadora de sucesivas riquezas. Semejante país puede soportar los reveses y vivir libre e independiente, porque vive sobre sí.

Así en el aspecto económico como en el social tendría la formación de unas bien definidas y arraigadas clases media y campesina la enorme ventaja sobre el proyecto gigante de una gran industria internacional, de que por un lado congelaría masas más reducidas de capital, mientras que, por otro, se obtendría una dispersión mayor y más perfecta de los beneficios. Sin embargo, ni aun con todas las ventajas apuntadas es de extrañar que este programa tropiece con una tenaz resistencia entre las clases más civilizadas de Asia y Africa. La razón está en que para muchos intelectuales de los países subdesarrollados que han conocido directamente al industrializado Occidente, la agricultura representa y simboliza una forma de vida primitiva. Con los ojos puestos en el prestigio de su país como Estado independiente, tiemblan a la idea de que no vaya a mostrarse capaz de agrupar miles y miles de hombres en torno a unas cuantas chimeneas de fábrica como los países industriales del Oeste. Todo lo contrario de lo que en realidad les convendría creer. Porque justamente desde el punto de vista nacional lo ventajoso sería que los

capitales ofrecidos no se consumiesen de modo exclusivo en las grandes explotaciones, cuyos rendimientos acaso beneficien al Estado, pero que sobre todo van a parar en manos de los trusts extranjeros. Lo ideal en este caso sería que el programa de desarrollo naciese de la ancha base del país, de las masas del propio pueblo; que fuese susceptible de formar una amplia clase media independiente, garantía segura de prosperidad y arrimo y sustento por excelencia de la vida nacional; que los fondos para el desarrollo y todos los recursos nacionales fuesen invertidos en el país por sus propios hijos, y, por último, que el rendimiento recayese de nuevo sobre el pueblo todo. Un panorama éste que, sin duda, hubiera merecido las preferencias de los dirigentes intelectuales de los Estados en cuestión, a no haber viciado nosotros mismos la orientación de sus ideas. Mas no se vaya a suponer por lo dicho hasta aquí que repudiamos toda implantación de grandes complejos industriales en los países subdesarrollados. Nos parece, al contrario, que una industrialización paulatina, que lenta y orgánicamente va desarrollándose y progresando, sin dejar de acomodarse en todo momento a las condiciones del país, puede contribuir decisivamente a la consolidación económica y social, asegurando con ellas la política. Citemos como ejemplo a la «Union Minière du Haut Katanga», la magna empresa que en los medios internacionales es objeto ahora del injusto reproche de orientar la política katanguesa en sentido «capitalista». La Union Minière es una empresa de abolengo, pues necesita remontarse sesenta años en el tiempo para llegar a la fecha de su fundación. Tuvo la suerte de crecer poco a poco y llegar a lo que es por sus pasos contados, siguiendo exactamente el ritmo de la general evolución del país en su adaptación a las condiciones de vida modernas, para compenetrarse con ellas. Esto explica que paralelamente a la gran empresa minera se formase toda una cadena de pequeñas y medianas industrias—producción de artículos de consumo y elaboración y transformación de productos—, naciese un comercio floreciente y prosperasen por doquiera los negocios, con la obligada consecuencia de una vasta red de familias acomodadas, que pronto habrían de integrar la élite cultural del país, para convertirse en sus dirigentes políticos, como fué el caso con Tshombe. Circunstancia que explica en gran parte el armónico desarrollo de Katanga, incluso después de su independencia, y las invariables buenas relaciones de Elisabethville con Europa. Como empresa privada—en contraste con las grandes empresas estatales o internacionales—, la U. M. H. K. (Unión Minera del Alto Katanga) tuvo buen cuidado de velar por los propios intereses, empleando los capitales con metódica cautela y progresando siempre en perfecta consonancia con las posibilidades de rendimiento y de salida de la

producción. Su progreso se ajustó a leyes de una sana economía, en vez de responder a la presión de los intereses políticos y de las luchas por el poder. Finalmente, la Compañía comprendió desde el primer instante las ventajas que para ella representaría el formar una clase obrera capacitada, satisfecha y estable. Se comprende por eso que lleve algunas décadas invirtiendo sumas muy considerables en la labor infatigable de elevar el nivel de vida de sus obreros negros, construyendo para ello colonias de chalecitos o casas unifamiliares con pequeño jardín y servicios de escuela, iglesia, hospital y asilo. Sobre todo se atendió a la formación espiritual, cultural y profesional, a fin de facultar al trabajador para una gradual progresión en la responsabilidad de sus actividades. De este modo fué siempre en aumento el número de los negros seleccionados para especialistas, capataces e instructores de los nuevos contingentes, en cuyos empleos no sólo se veían muy bien pagados, sino que experimentaban la satisfacción del mérito reconocido. Se obraba así el milagro de que a pesar de la magnitud de la explotación un efectivo ambiente de familia reinase entre los obreros y de que sean muchos los que, entre éstos y los empleados de la empresa, han tenido en ella a sus padres y abuelos. La verdadera prueba, sin embargo, la pasó la U. M. H. K. en julio de 1960, cuando en Elisabethville, Kolwezi, Jadotville y sus contornos se amotinó la «Force Publique». Parecía entonces como si el reguero de pólvora del Congo estuviese empezando a encenderse también en Katanga. En los primeros momentos de pánico largas columnas de coches europeos salían huyendo hacia la cercana frontera de Rhodesia; muchos de los técnicos y empleados blancos de la U. M. H. K. trataban de ponerse a salvo, y sobre todo de poner en seguridad a sus familiares. Pese a lo cual la empresa de la Union Minière no tuvo que lamentar paralización del trabajo en ninguna de sus explotaciones, porque los obreros negros siguieron voluntariamente en sus puestos aun después de la súbita defección de los técnicos blancos. Ellos fueron quienes se encargaron de mantener en funcionamiento los servicios de seguridad, las bombas y las máquinas principales, para que las minas, «sus minas», siguiesen incólumes y en marcha. Cuando luego el presidente Tshombe logró restablecer el orden al cabo de unos días de violentos desmanes y tumultos y llamó a los blancos huídos de las minas, pudo seguir normalmente la explotación como si nada hubiera sucedido. Nada hubiera podido acreditar mejor que esta dura prueba el acierto de las directrices a que venía ajustando su actuación de la U. M. H. K. y la lealtad de unos obreros negros, que se sienten familiarmente vinculados a la explotación. La lección lleva al mismo tiempo implícita una elocuente respuesta a los pesimistas que siempre parten del

supuesto de que los africanos no pueden nunca llegar al rendimiento de un hombre blanco, ni experimentar el placer de la responsabilidad que a los blancos distingue. Porque una vez más se ha confirmado que el hábito y la moral del trabajo dependen de la tradición, de la formación del carácter, de la enseñanza y de un trato humanitario, y no son monopolio ni de una raza, ni de un clima, ni de un determinado continente.

Autodesarrollo.

Paralela a la planificación y puesta en marcha de una ayuda para el desarrollo razonablemente ajustada a las fundamentales características del país favorecido, tiene que ir la labor de estimular en él la voluntad de superación y la confianza en sí. Para lo que se necesita, como ya queda dicho, que un vasto sector de la población goce de bienestar y vida independiente, como sucede con los labradores propietarios de sus tierras, con los pequeños y medianos comerciantes y con los industriales acomodados. Pero, además, también se requiere la formación de una dinámica élite juvenil.

A propósito de esto último, son numerosos los comentarios suscitados por las iniciativas de los orientales para la creación de una clase dirigente en los países subdesarrollados. No obstante, si atendemos a las estadísticas, veremos que es incomparablemente mayor el número de jóvenes de los nacientes Estados que estudian en las universidades europeas y americanas, que el de los que acuden a las de Moscú, Praga o Pekín. La pequeña Austria, por ejemplo, cuenta con 3.000 estudiantes africanos y asiáticos. Las universidades francesas, a su vez, tenían inscritos para el curso 1960-1961 a 4.000 jóvenes sólo de los Estados hoy independientes de Africa y de Madagascar; número que pasa de duplicarse para el curso 1961-1962, puesto que el F. A. C., o Fondo de Ayuda y Cooperación, ya había hecho planes en junio para albergar a 10.000 jóvenes. Y como estos ejemplos pudiéramos añadir cuantos se quieran.

Sólo que entre los métodos comunistas y los de los países libres hay una gran diferencia. Las universidades orientales hacen, sobre todo, hincapié en la formación ideológica, que les procure agentes y paladines de sus ideas en el extranjero. En cambio, el Occidente, por consideraciones de respeto a las preferencias individuales y también—hay que reconocerlo lealmente—por negligencia y por instintivo reparo a salirse de la costumbre, ha desperdiciado una y otra vez sus grandes oportunidades en este terreno. Es más, hemos llegado hasta el punto de contemplar impasibles cómo los elementos izquierdistas se apoderaban en nuestras universidades y centros superiores de enseñanza

de la más escogida juventud de color, para influir descaradamente en su orientación. Así regresaban de Europa con escandalosa frecuencia los estudiantes africanos y asiáticos convertidos en marxistas acérrimos, en centralistas y colectivistas tiránicos, en vez de amantes de la libertad y piadosos cristianos, como fuera de esperar. Y una vez en sus patrias, solían quedar al servicio de ideales ateos y subversivos.

Pero aun no está perdido todo, ni faltan las personas sensatas empeñadas en la tarea. El número de becas en nuestras universidades y escuelas superiores va siempre en aumento, al paso que de manera metódica se trata de iniciar a la juventud que en Europa tienen los países subdesarrollados en nuestras ideologías y peculiaridades y de acreditar nuestra solidaridad con ella. Y a los países, en fin, que lo solicitan, se les brinda ahora una ayuda, dentro de lo posible cada vez mayor, para que puedan atender a la educación de sus propias élites dentro de las respectivas naciones. Se quiere de esta manera recuperar el tiempo perdido en algo tan importante como la orientación de los futuros dirigentes de las naciones nuevas: los catedráticos y maestros, artistas y escritores, funcionarios y políticos, militares, juristas, médicos, economistas y técnicos del mañana de esos pueblos. Porque de esta juventud que hoy puebla las aulas ha de depender la posibilidad de que un día logre abrirse paso en sus patrias respectivas el ideal de una moral y una libertad cristianas, no que otros ideales irrumpan en aquellos espacios a costa del cristiano.

Independización.

Recorridas estas etapas, habrá llegado el momento de que los países hoy protectores vayan retirando paulatinamente su ayuda, demoliendo sus puntales y confiando al nuevo Estado la responsabilidad de tenerse en pie por sí mismo. Esto lo ha de entender el Estado donante no sólo como facultad, sino también como deber. Porque así como sería una traición para la causa de Occidente el que los europeos, por miedo, pusilanimidad o cansancio, nos desentendiésemos, así de pronto, de los Estados nuevos y los dejásemos abandonados a su suerte, también supondría un grave error el que por razones meramente políticas o por un prurito de mal entendido amor propio tratásemos de mantener en nuestra dependencia a cualquier nación joven cuya evolución reclamase la emancipación. Del mismo modo que los padres dejan que sus hijos mayores organicen o vivan su vida libremente y a su gusto, debiera nuestro viejo mundo sentirse más bien un eventual consejero y un amigo siempre de esos pueblos que van llegando a la madurez, pero guardarse al

mismo tiempo de seguir soñando con tutelas y, sobre todo, con imperiosos mandatos respecto de ellos.

Lo de cómo y cuándo puede ser alcanzada esta fase final depende principalmente de la forma de prestar la ayuda. En su lugar hicimos la observación de que la erección de un gran combinado industrial requiere, al menos durante cierto tiempo, asistencia técnica constante, sucesivas inversiones y suministro de repuestos desde el extranjero; con lo cual la plena independencia del país beneficiario sufre larga demora. Cuando, en cambio, se trata de una ayuda consistente en aprovechar y estimular las múltiples riquezas naturales del país, los efectos son muy distintos, ya que la base económica así creada resulta más vasta y sólida. La virtud que distingue a esta última modalidad, de asegurar la independencia y bienestar de un gran número de familias, permite esperar que en un plazo razonable ya podrá la joven nación caminar por sí sola, sin andaderas de nadie, por la vía del progreso.

Colaboración.

Como fácilmente se comprende, la independencia no excluye, sin embargo, la colaboración voluntaria en el plano de equiparables soberanías. Bien al contrario. Hoy mismo estamos viendo cómo aquellos países africanos que más se distinguen por su situación de estabilidad no vacilan en dirigirse a Europa y proponerle el establecimiento de más estrechas relaciones espirituales, culturales y económicas. Algunos ejemplos tenemos en los casos siguientes: la presencia de una delegación oficial de Bonn y del último gobernador general alemán en las fiestas de la independencia de Togo, la visita del presidente Sylvanus Olympio a Alemania y la demanda de Lomé de plena equiparación en la Comunidad Económica Europea. Todos ellos demuestran de modo elocuente la existencia de un sentimiento de solidaridad tan entrañado que ha podido sobrevivir a una efectiva separación de cuarenta años. Por su parte, los Estados africanos de lengua francesa y Madagascar han seguido manteniendo con París estrechas relaciones y han concertado toda una serie de tratados. Las conferencias de Brazzaville y Yaoundé y la reunión de parlamentarios en Estrasburgo en el mes de junio, no hacen sino corroborar la impresión de que la solidaridad idiomático-sentimental de los elementos culturales, tradicionales y económicos aumenta y se consolida por momentos. Dentro del marco europeo de los seis y en el bloque africano de los dieciséis de habla francesa ha tomado ya cuerpo, y de la rápida sucesión de acontecimientos de las últimas semanas cabría esperar que no tarde en incorporar nuevos dominios.

De la Comunidad Económica Europea hemos hablado ya. Europa ha creado con el Tratado de Roma un instrumento que no sólo le sirve para forjar la propia unidad, sino que también le permite ir al establecimiento de la comunidad euro-africana. Los dos continentes no necesitan ya crear ninguna especial organización para su colaboración futura. La Comunidad Económica Europea es una efectiva unidad vital, en contraste con la O. N. U., esa pesada organización de la burocracia internacional, interiormente desgarrada, baldada en su libertad de movimientos, pendiente siempre de los votos y de los vetos de los países totalitarios lo mismo que de los liberales. Unidos, representan los miembros de aquella Comunidad una potencia económica enorme. Ya hoy y sin tomar en cuenta a los asociados africanos, alcanza la Comunidad de los seis un potencial humano que no cede sino en muy poco al de los Estados Unidos. En el comercio internacional excede incluso los índices de las exportaciones americanas, cuanto más el de las soviéticas. De ahí que en colaboración con los elementos constructivos de Africa podría una Europa unida desempeñar en el mundo el papel de potencia-árbitro, convirtiéndose en factor de conciliación entre los dos bloques mundiales.

Pero aun quedan por aducir otras razones en pro. Conocida es la tendencia de los grandes Estados industriales a la adopción de medidas proteccionistas, consistentes en gravar con fuertes tarifas aduaneras los artículos fundamentales, a fin de asegurarles la salida a los productos propios en un mercado ya saturado. A los obreros parados de países superpoblados apenas se les entreabre la puerta de la inmigración, con objeto de que los nacionales cuenten siempre con empleo seguro y para responder a las demandas sindicales de elevados jornales. Las tiranteces que a menudo se registran en las relaciones entre la América española y la del Norte, hemos de atribuir las en gran parte a medidas de esta clase adoptadas por el poderoso vecino anglosajón. En cambio, Africa podría contar de antemano con las mayores facilidades dentro de la Comunidad Económica Europea. Verdad es que esto exige—como sucede entre los mismos asociados europeos—una mutua flexibilidad, no siempre asequible sin sacrificios acaso onerosos; pero también el éxito, que bien podemos prometernos del ejemplo de los seis, sería cosa de tener en cuenta a la hora de los sacrificios, de sobra compensados en él. Baste decir que ya en la actualidad les asegura a sus miembros la Comunidad Económica Europea un rápido progreso insospechado en todos los dominios, ya que sus beneficios no se limitan al de la política mercantil. Lo mismo para Africa que para Europa, pudieran abrirse nuevos horizontes y posibilidades de vastísimo alcance, si se resolviesen a partir de esta base.

IV

EL FUTURO EURAFRICANO

Sólo a base de un programa así de vastas perspectivas, de una ayuda constructiva bien orientada y de una firme solidaridad europeo-africana, se podrá conseguir procurarle al continente que al Sur tenemos un porvenir más tranquilo tras los graves trastornos actuales, un progreso rápido y una protección efectiva contra la intervención del comunismo mundial.

Por el momento bastaría con que algunos de los jóvenes Estados africanos se percatasen de estas ventajas y se resolviesen a hacer uso de ellas sin restricciones. Ya hemos mencionado la iniciativa del Togo respecto de la Comunidad Económica Europea, así como la actitud de Katanga para con Europa. Hemos señalado también los vínculos cada vez más estrechos que unen al mundo de habla francesa de Europa y Africa, justamente porque la anterior relación de dependencia va diluyendo su rigor en una compenetración mutua, que bien pudiera abrir paso a una libre unión de Estados soberanos.

Si en estos territorios, ya favorecidos por las condiciones naturales de desarrollo y por una mutua comprensión, se consigue llevar a su florecimiento las bases tradicionales de la economía africana y del orden social, o sea la agricultura y la pequeña empresa, no hay duda de que veríamos surgir ante nosotros como la cosa más natural del mundo africanísimas naciones modelo. Sería entonces la sola existencia y prosperidad de estos arquetipos el más contundente de los argumentos contra la propaganda del Este. Se confirmaría así el hecho de que el verdadero colonialismo—al revés de la versión que más corre actualmente—no se encuentra en Occidente, sino en el Este; de que no son las potencias europeas, sino el régimen terrorista de Moscú, quien persigue la brutal explotación exclusiva de los pueblos sometidos. Semejante convicción debiera tener por consecuencia el arranque de desembarazarse de una vez de todas las inhibiciones psicológicas—el complejo de culpabilidad en los unos y el de recelo e inferioridad en los otros—que todavía hoy gravan con frecuencia excesiva las relaciones euro-africanas, después de las conmociones de los últimos años. Todas esas prevenciones y escrúpulos debieran ceder el sitio a una sana apreciación de los intereses comunes.

La diferencia realmente básica entre el interés pretendidamente altruísta de Moscú por todos los «pueblos esclavizados» y la actitud de Occidente

pueden ilustrarla mejor que nada unos cuantos números. Termina el profesor Karl Brandt su notable ensayo: «Liberale Alternativen für die Politik des Westens gegenüber den früheren Kolonialgebieten» con el siguiente paralelo, por demás elocuente: En los veinte años que median entre 1940 y fines de 1960 llevó el mundo libre a la independencia a 38 pueblos, con un total de 770 millones de habitantes, al paso que la Unión Soviética no sólo no emancipó a ningún pueblo en el mismo período de tiempo, sino que incorporó a nueve naciones, con 85 millones de habitantes, por el procedimiento de hacerlas pasar al número de sus satélites. Y eso que no contamos a los 55 millones de personas no rusas esclavizadas dentro de las fronteras de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Los hechos no pueden hablar más alto. Por lo que al Africa exclusivamente toca, ahí está el hecho conocido de que en 1950 sólo había en aquel continente cuatro Estados independientes, que eran los de Etiopía, Liberia, Unión Sudafricana y Egipto. Todo el resto era colonia europea o fideicomiso. Hoy llega el número de los Estados autónomos a los 29, y otros como Ruanda-Urundi y Tanganika se hallan en vísperas de la emancipación.

Parece razonable, por tanto, en vez de ponerle a este artículo el colofón de unas reflexiones de desaliento, acabarlo con una nota de afirmativo optimismo. Tenemos razones, y buenas razones por cierto, para confiar, si atendemos a lo que en Africa y entre nosotros apunta ya. Europa empieza a percatarse de la universalidad de su misión. La divisa de esta misión podría ser: unidad en la variedad, o sea, igualdad de derechos y deberes a pesar de las diferencias raciales, culturales y lingüísticas. Unidad en la diversidad, que es fuente de auténticos valores y que responde a la tradición y al concepto cristiano de la vida.

No hemos de olvidar que el floreciente cristianismo de los primeros siglos tenía fuertes raíces hincadas en el suelo africano, en donde nació San Agustín, uno de los más notables Padres de la Iglesia. La solidaridad, por tanto, de los dos continentes no la reclaman tan sólo las condiciones de la moderna industria y de la estrategia total, sino que parece impuesta sobre todo por nuestro espíritu cristiano, por nuestra común tradición y vocación cristianas.

ADELAIDA DE AUSTRIA.